

**LA CONCIENCIA COLECTIVA ESPAÑOLA
FRENTE A LAS GUERRAS COLONIALES DEL NORTE
DE MARRUECOS (1909-1921)**

**SPAIN'S COLLECTIVE CONSCIOUSNESS
ABOUT THE COLONIAL WARS IN THE NORTH OF MOROCCO
(1909-1921)**

Youssef AKMIR

Universidad Ibn Zohr de Agadir

Resumen

El presente estudio pretende estudiar a la conciencia colectiva española frente a las guerras coloniales de Marruecos de 1909, 1911, 1921 y 1924. Se trata de analizar a fondo la peculiaridad de dicha conciencia y las razones por las que su respectiva conducta fuese dicotoma y contradictoria ante las escenas bélicas que entonces se libraban al otro lado del Estrecho. Para ello hemos examinado las actitudes de sus dos diferentes componentes: uno institucional, formado por el Ejército y la Iglesia; y otro, extrainstitucional representado por la opinión pública y los ciudadanos de a pie. En el mismo estudio, se aprecia, también, la parte tácita de la reacción social española ante los hechos bélicos de Marruecos a través de un exhaustivo análisis de las fuentes historiográficas de primera mano, del imaginario colectivo y de la memoria histórica.

Palabras clave: Guerra de Marruecos, conciencia colectiva española, ejército, imaginario, historiografía.

Abstract

This paper aims to study Spain's collective consciousness about the colonial wars in Morocco of 1909, 1911, 1921 and 1924. Its goal is to provide an in-depth analysis of the singularity of such consciousness and the reasons why it showed a dichotomous and contradictory expression with regard to the war episodes then occurring on the other side of the Strait of Gibraltar. For this purpose, we have examined its two main components: on the one hand, an institutional one composed of the army and the Catholic church and, on the other hand, a non-institutional one which included the media and the common people. Our study also deals with the unspoken dimension of the reaction of Spanish society to the war events in Morocco through an exhaustive analysis of first-hand historical sources, collective imagination and historical memory.

Keywords: War of Morocco, spanish collective consciousness, army, imaginary, historiography.

1. INTRODUCCIÓN

Tras el desastre del 98 frente a la escuadra norteamericana, España volcará su total interés en la cuestión marroquí, entonces disputada entre varias potencias (Espadas Burgos, 1997: 85-99; De La Torre, 2007: 153-197). La conferencia de Algeciras (1906) supondrá para el gobierno español un logro excepcional. Se trata de una nueva expectativa que reabriría el recién agotado horizonte de expansión colonial española. Marruecos era la única oportunidad capaz de aliviar los males americanos, un antídoto contra los dolores de la derrota y un tratamiento terapéutico contra los síntomas de la depresión que tanto había generado la pérdida de las últimas colonias ultramarinas. No obstante, la ocupación de la otra orilla del Mediterráneo no va ser una tarea fácil. La reacción de la resistencia rifeña ante la campaña expansionista española fue capaz de poner en tela de juicio las ventajas del proyecto colonial y cuestionar el grado de su rentabilidad política, militar, económica, social y religiosa. La audaz resistencia cabilia en el Barranco del Lobo (1909), Kert (1911), Anual (1921) y Monte Arruit (1924), generó en España un profundo sentimiento de preocupación catalizado en la coexistencia entre unas actitudes de descontento y otras de exaltación y euforia patriótica. Ante esta dicotomía nadie se quedó indiferente. Las instituciones políticas de carácter oficial –el Ejército, la Iglesia, la Corona– y el ciudadano de a pie manifestaron un marcado grado de sensibilidad frente a lo que entonces acontecía en la cordillera de Rif. No obstante, esta sensibilidad va a tener un carácter heterogéneo vinculado al estado en que se encontraban los compromisos e intereses que tenía cada grupo en esa empresa colonial. La diferencia entre estos intereses fue el auténtico motor de la dicotomía que tanto marcó la conciencia colectiva española frente a las guerras coloniales de Marruecos. De esta conciencia colectiva examinamos en el presente estudio una vertiente institucional formada por el Ejército y la Iglesia y otra popular representada por la opinión pública y el ciudadano de a pie ante estos hechos.

2. EL EJÉRCITO

Uno de los objetivos del presente trabajo es situarnos dentro del contexto histórico objeto de estudio para acercarnos a los móviles sobre los que se fundamentaban determinadas conductas y poder diagnosticar su particularidad. Para hacerlo es menester abordar las cuestiones de la génesis e ir matizando los cambios sufridos en la morfología de cada fuerza social. En el caso del Ejército, las repercusiones que habían ocasionado las guerras coloniales del norte de Marruecos en sus filas permitieron a una serie de conductas internas manifestarse. Se trata de un elemento castrense que lleva arrastrando problemas de diferentes tipos (Balfour, 2002: 33-37). Su implicación en la derrota del 98 (Azcárate, 1968: 159-163), la persecución política y mediática de la izquierda extraparlamentaria, la ambición de controlar las jurisdicciones militares por el poder civil, los recortes en sueldo y empleo sufridos tras la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, y el sentimiento de la revancha que habían plasmado algunos acontecimientos como fue el caso de la guerra de África o las campañas de Melilla, explican el estado anímico y el sentimiento de susceptibilidad que impera entre el colectivo militar (Seco Serrano, 1969a: 68-69). Con el inicio de las guerras de Marruecos, el ejército se hizo indispensable. Sus reivindicaciones se aprobaban con gran facilidad por ser el legítimo defensor de los intereses patrióticos allende el Estrecho. Pero los desastres bélicos sufridos en Marruecos mermaron su estructura interna y le convirtieron en el principal culpable.

Entre 1907 y 1908, ya había diez mil hombres repartidos entre la Capitanía de Ceuta y la de Melilla. Los frecuentes roces entre las cabilas fronterizas y el ejército aumentaron la ambición de ocupar los alrededores de ambas ciudades. Dicha ambición sería una propuesta oportuna para los miles de oficiales inactivos y para los altos mandos que aún sufrían las secuelas de la última guerra colonial del 98. Gran parte de estos jefes y oficiales que participaron en las guerras de Cuba y Filipinas aprovecharán la ocasión para volver a reencontrarse en los campos marroquíes. Marina, Berenguer, Sanjurjo y Millán Astray formaban parte de este colectivo nostálgico de la España imperial (Mas Chao, 1988: 15).

La ocupación militar del norte de Marruecos iba a tener un efecto terapéutico para estos militares humillados por la derrota del 98; una oportunidad para borrar los vestigios de la humillación (Santillán, 1974: 7). En el prólogo de la obra titulada *Diario de una Bandera* escrita por el conocidísimo africanista Francisco Franco Bahamonde, Manuel Aznar escribe:

Nuestra presencia armada entre los marroquíes estaba tocada de irremediable provisionalidad, por la índole misma del mandato internacional que cumplíamos. Pero, al mismo tiempo, allá se rescataba España de pasados errores europeos y americanos; allá había de reanimarse la inextinguible llama de espíritu español, y se nos ofrecía una decisiva bifurcación de caminos para que eligiéramos el que habría de llevar a nuestro pueblo a la salvación de su histórico ser y de su destino. Conscientes de que esta era su más alta misión en Marruecos nuestros jefes y oficiales acendaban su decisión de combate y su capacidad de sacrificio (Franco Bahamonde, 1976: 19).

La prensa militar de la época consideró la intervención armada en suelo marroquí como la única forma de curar las heridas del pasado. El 31 de julio de 1909, *La Correspondencia Militar* publicó la siguiente reflexión:

La leyenda negra y vergonzosa que el desastre de 1898 esparció por el orbe destrozando nuestras tradiciones, habrá sido sustituida por el influjo positivo de la gloria que conquistaremos, de la admiración que producirán las promesas de nuestras tropas y del respeto que ganarán para España esas armas que empuñan frente a Melilla nuestros soldados¹.

La intervención de España en Marruecos se estaba convirtiendo en una realidad. Los generales Larrea y Berenguer optaban por la formación de un grupo de oficiales especializados en asuntos de ocupación. Estos serán los fundadores de una guarnición especial llamada el Ejército africanista (Más Chao, 1988: 32). La principal preocupación de esta oficialidad consistía en una inmediata intervención armada en Marruecos². En 1909, el inicio de la guerra en los alrededores de Melilla iba a favorecer al ejército africanista. Los sucesos bélicos les fueron útiles para protestar contra algunos miembros del gobierno que defendían la intervención pacífica en el norte de Marruecos. La actitud de los africanistas tenía un objetivo muy especial; *¿Es que en toda conquista del suelo africano se ha llegado a afianzar el dominio pacífico, sin antes haber impuesto el respeto y la seguridad por la ocupación armada?*³. A partir de entonces, el problema de Marruecos se convertiría también en cuestión disputada entre las instituciones políticas y militares. Con su defensa de la acción armada en el norte de Marruecos, el ejército africanista afirmaba su activo papel en la toma de las decisiones. Cuando empezaron las preocupaciones del gobierno y la opinión pública por los gastos y las bajas de guerra, los africanistas les presentaban el pretexto siguiente:

¹ “Tormenta de Verano, lo que ocurre y lo que ocurrirá”, *La Correspondencia Militar*, 31-7-1909, p. 1.

² “Ante el bombardeo de Casablanca: ¿Prudencia o decadencia?”, *La Correspondencia Militar*, 7-8-1907, p. 1.

³ “La Cuestión de Marruecos: ¿Debemos ir al Norte de África?”, *La Correspondencia Militar*, 22-6-1909, p. 1.

No hay que pensar en acabar pronto el combate. Lo verdaderamente meritorio es saber sacar el mayor partido posible de los efectos del fuego, y apreciar el momento en que debido a estos, y en función del estado de resistencia física de las tropas, es factible el ataque⁴.

El tiempo transcurrido entre 1909-1911 era suficiente para que estos militares se sintieran identificados con las tierras marroquíes y marcaran distancias con el resto del ejército. La experiencia adquirida en las campañas del Rif creó entre la oficialidad africanista un sentimiento de superioridad y delirios de grandeza. Muchos de ellos no vacilaron en afirmar que *el mayor suplicio que puede sufrir un oficial del ejército español es no haber tenido la suerte de cruzar el Estrecho⁵*, porque la campaña de África es la mejor escuela militar (Akmir, 2009: 193-206).

Los recelos entre los militares de la Península y los de África aumentaron tras las continuas recompensas que estos últimos recibían. El 24 de julio de 1909, el ministro de la Guerra aprobó un proyecto de ley que concedía a los militares por méritos de guerra la cantidad en metálico *de 1800, 1250 y 1000 pesetas anuales según sean jefes, capitanes y oficiales⁶*. Dos años después, la Capitanía General de Melilla recibió desde Madrid la orden de obsequiar a las tropas de África con importantes ascensos en su escala militar. El propio ministro de la Guerra envió una nota a Melilla insistiendo en ella sobre la formulación rápida de *las recompensas por los combates del cinco, siete y once de septiembre de 1911⁷*.

El gran interés mostrado por el gobierno hacia la oficialidad africanista incrementó aún más las diferencias entre las facciones del ejército español. Las tropas de Madrid y provincias a menudo eran criticadas por los africanistas y aludidas por su vida burocrática y por su insignificante rutina de despachos. El general Mola hacía la siguiente afirmación al respecto:

Las clases de tropa se hallen divididas en dos castas: la de los burócratas y la de los de filas. Resultaban más meritorios los ascensos de grado a los militares concentrados en África que a los sargentos y suboficiales escondidos en la Península en los despachos de sus cuarteles (Mola, 1934: 54).

Las tensiones entre ambas guarniciones no tardaron en dar sus primeras consecuencias. Frente a los irregulares y generosos ascensos que causó la guerra de Melilla, los peninsulares manifestaron su indignación empleando varios métodos. En enero de 1910 un grupo de oficiales repartió en Madrid una hoja impresa en la que denunciaba los injustos ascensos concedidos al ejército de África tras su desastrosa actuación en el Barranco del Lobo. En sus columnas leemos expresiones como estas:

Pidamos la destitución del ministro revolucionario que intenta crear dualismo odioso en el Ejército y crearse camarillas...Queremos ser ejército digno, serio y honrado. No queremos que se recompensen con empleos hechos indignos, y que no se dé el caso vergonzoso de que el capitán Berenguer, hijo político o pariente del general Luque, que marchó a Melilla con Veinticuatro días de antigüedad en su empleo, vuelva de teniente coronel de una campaña como la pasada, en la cual apenas se han registrado hechos recompensables (Seco Serrano, 1969b: 257-259).

El desacuerdo entre los militares de la Península y el gobierno sería uno de los motivos indirectos que apresuraron la caída de Moret y la formación del gobierno Canalejas, imposibilitando más el acuerdo entre la familia liberal.

⁴ “Desde el teatro de Operaciones: Pinceladas Militares”, *La Correspondencia Militar*, 20-8-1909, p. 1.

⁵ “¡Así se Muere!”, *La Correspondencia Militar*, 14-10-1911, p. 1.

⁶ “Del ministro de Guerra al capitán general de Melilla: propuesta de recompensa”, Madrid, 13 de septiembre de 1911. Archivo General Militar de Madrid, en adelante AGMM, Sección África, Unidad R 75.

⁷ *Ibidem*.

2.1. LOS SOLDADOS RECLUTAS, LA OTRA CARA DEL EJÉRCITO AFRICANISTA

Hasta 1911 al servicio militar solo acudía la clase popular, mientras el resto de los jóvenes compensaban el cumplimiento de su deber patriótico pagando la cantidad de 1.500 pesetas. En julio de 1909, cuando empezó el conflicto hispano-rifeño, los oficiales acudieron a las listas de 1903 para reclutar a los reservistas. Ninguno de estos hombres había recibido instrucción militar aunque su incorporación al ejército africanista era ya un hecho inminente. La imperiosa necesidad de aumentar el número del contingente respondía a las numerosas bajas sufridas en el Rif. Desde la Capitanía General de Melilla se solicitaba el envío de nuevos reclutas. Tras la petición del jefe del Ejército de Operaciones en Melilla relativa al aumento del número de las tropas, el ministro de la Guerra le escribe un telegrama informándole que el envío continuo de los reservistas a Melilla está causando un vacío en los cuarteles de la Península. Por ello, el ministro autorizaba al jefe del Ejército prorrogar la estancia de los reclutas que entonces iban a licenciarse⁸.

La incorporación de los reservistas a las tropas españolas de África les obligó a abandonar sus oficios y sus familias. Todo aquello generó una oleada de manifestaciones y protestas dirigidas por los partidos de la izquierda no dinástica (Payne, 1977: 158-161). A partir de 1911, Canalejas iba a introducir una serie de reformas en el sistema de reclutamiento. Se trataba de ampliar la base del ejército mediante legislaciones planteadas por el propio jefe del gobierno. Entre junio de 1911 y marzo de 1912 se aprobaron ciertas reformas relativas al servicio militar. Aunque las nuevas leyes del reclutamiento pretendían introducir mejoras en el ámbito militar, la presión ejercida por los altos cargos del ejército convirtió las reformas que se pretendía establecer en papel mojado. La creación del *soldado de cuota* no indicaba sino la continuidad del clasismo social y profesional entre los militares. La iniciativa de Canalejas fue criticada por sus propios correligionarios. Romanones por ejemplo, no vaciló en considerar al argumento de la cuota como *un verdadero sarcasmo para el espíritu democrático*. Así lo comentaba:

El soldado se siente hoy peor tratado que cuando existían los beneficios de la redención por metálico, y digo peor tratado, porque siente de una manera más directa la injusticia de la desigualdad y de los privilegios sociales... Nuestro servicio militar obligatorio, tal como se practica admitiendo su reducción por medio de cuota, divide a los soldados en dos grupos y mantiene los cuarteles en lucha de dos clases de la sociedad (Romanones, 1920: 141-143).

Si la creación del *soldado de cuota* permitió a algunos esconderse en los cuarteles de la Península, el resto de la juventud española no tuvo esta oportunidad. La inmensa mayoría fue obligada a alistarse en las filas del ejército de África. La prensa militar intentó justificar en sus columnas los criterios inhumanos del reclutamiento. *La Correspondencia Militar* por ejemplo, consideraba el reclutamiento como medio eficaz para formar un ejército colonial español⁹. El mismo periódico insistió sobre las ventajas sociales y económicas que podían disfrutar los reservistas en los campamentos de África. En sus columnas señalaba que era menester crear

[...] un ejército colonial, en el cual la característica principal sea el soldado voluntario, y es lógico que cuando más ventajas se ofrezcan, más voluntarios habrá, y que cuando estos voluntarios cuenten entre esas ventajas la posible posesión de un trozo de terreno, mejor y más propicios estarán para su defensa. La idea cae simpática para ese lado, entre el ele-

⁸ “Del ministro de Guerra al jefe del ejército de operaciones”, Madrid, 25 de septiembre de 1909. AGMM, Sección África, Unidad R73.

⁹ “Colonias Militares”, *La Correspondencia Militar*, 14-6-1911, p. 1.

mento civil no solo por lo que fomenta la recluta voluntaria, sino porque se cree que puede ser fuente de economías, y, andando el tiempo, auxiliar de eso que llamamos penetración pacífica. Y en verdad que tal carácter y aspecto son los que conviene dar a las colonias militares, porque muchas veces, el nombre hace a la cosa, y ese nombre de colonias simboliza la idea de centros de trabajo¹⁰.

Ocho meses más tarde, el mismo periódico volvió a insistir sobre el interés que supondría la formación de colonias militares españolas en Marruecos. Así lo decía:

No vemos más aplicación a las reservas voluntarias que, si aceptan concesiones de terrenos, la de defenderlos constituyendo colonias militares.

Respecto a las ventajas que se ofrecen a los voluntarios (...) un joven se alista voluntariamente a los veinte años, a los doce años de servicio, o sea a los treinta y dos años de edad, se ha ahorrado y recibe dos mil ciento noventa pesetas, más los intereses en números redondos puede disponer de dos mil quinientas pesetas. Si se le da una concesión agrícola con habitación y herramientas a reintegrar por plazos anuales y con un capital de tres mil pesetas, puede comprar una pareja de mulas o de caballos, crearse una familia y vivir. Si surge una insurrección, nadie defenderá como el somaten, formado por colonos, las propiedades que tan afanosamente habrán alcanzado (...) Un voluntario a veinte años de servicio, disfrutará de un retiro de doscientas cuarenta pesetas anuales, y de un capital de dos mil novecientas veinte pesetas, o sean, con interés, más de tres mil pesetas¹¹.

Aparte de las recompensas económicas, la atracción de los reclutas tenía también su lado espiritual. A los reservistas enviados a África se les consideraba como héroes de la patria y defensores del *honor* de España. Los altos cargos del ejército africanista cuando aludían a los reclutas les describían con simpatía. El general Berenguer hablaba de una vida militar marcada por la fraternidad y la armonía entre reclutas, oficiales y jefes. Según su opinión, se trataba de un cuerpo unido cuyos *títulos más preciados serán los años pasados bajo la lona de la tienda de campaña; su mejor escuela, la vida en los campamentos* (Berenguer, 1918: 39-40). En el mismo contexto, cabe aludir también a la prensa militar y los ánimos que dedicaba al soldado recluta para que sacase *el mayor partido posible de los efectos del fuego¹²*.

La visión heroica del soldado recluta no tenía nada que ver con su verdadera realidad. En 1922 y tras las derrotas bélicas cosechadas en el *Rif*, el ministro de la Guerra español transmitió un informe a S. M. el Rey Alfonso XIII afirmando que el sorteo para seleccionar los que iban a África era totalmente injusto. Los malos tratos recibidos por la oficialidad y la incomunicación con sus superiores producían una sensación profunda de malestar entre los soldados recluidos.

2.2. LAS GUERRAS DE MARRUECOS Y EL EJÉRCITO ANTE LA EFERVESCENCIA SOCIAL Y EL DESCONTENTO POLÍTICO

La campaña de 1909 era la primera del siglo xx. Sus efectos quedaron plasmados en las páginas trágicas de la historia militar española. Sus repercusiones en la vida política y pública habían sido más hondas de lo que se esperaba. El clamor que tanto caracterizó la huelga de Barcelona creó una brecha entre los militares y la ciudadanía. Las manifestaciones contra las bajas diarias de guerra convirtieron al ejército en el principal responsable de lo ocurrido

¹⁰ “Colonias militares”, *La Correspondencia Militar*, 14-6-1911, p. 1.

¹¹ “La Ley del Voluntariado en África”, *La Correspondencia Militar*, 7-2-1912, p. 1.

¹² “Desde el teatro de Operaciones: Pinceladas Militares”, *La Correspondencia Militar*, 20-8-1909, p. 1.

en Marruecos. La efervescencia predominante generó una unánime conciencia antimilitarista (Martín Corrales, 2011: 121-170). Aquello influyó en las actitudes de un vulnerable elemento militar que reaccionó duramente contra los órganos políticos y sociales del país. Los socialistas y anarquistas sufrieron persecuciones, castigos y ejecuciones (Sirvent, 2011: 233-256). La prensa de tendencia militar sostuvo toda una propaganda contra los enemigos del ejército. *La Correspondencia Militar* pedía a sus lectores que apoyaran al ejército contra los *movimientos inútiles e ineficaces de socialistas revolucionarios y de anarquistas, que ciega y criminalmente obedecen, al parecer, órdenes miserables de sus comités internacionales, haciendo traición a la Patria*¹³. Porque su objetivo no era sino *matar el alma nacional, asfixiándole, cerrándole todos los horizontes*¹⁴. El mismo periódico condenó las manifestaciones de Barcelona. Según sus columnas, los huelguistas pretendían *imposibilitar el que se enviasen refuerzos a Melilla, tanto por atraer a los reservistas a la revuelta, como por tratar de impedir al Gobierno que dispusiera de las tropas en África*¹⁵. El artículo expresa claramente su crueldad hacia los que organizaron la huelga de Barcelona. Así lo comentaba:

*Los que en Cataluña han preparado el movimiento sedicioso, los que lo han llevado a cabo, los que ahora tímidamente lo defienden y torpemente intentan disculparlo, esos ni son hombres políticos, ni son españoles, ni por tanto tiene ideales dignos de respeto, ni mucho menos patria. Son tan solo degeneración vergonzosa de una agrupación de locos; ejemplares ridículos de una casta de fieras, que no conservan más que una cualidad: el cinismo*¹⁶.

Tras el estado provocado por la guerra de Rif y los sucesos de Barcelona, los militares se dirigieron a buscar otro culpable con quién podían compartir la desgracia. Esta vez iba a ser el propio gobierno. Antonio Maura y sus ministros fueron acusados de no haber atendido urgentemente las necesidades de las tropas acampadas en Marruecos (González, 1997: 313-321). Las declaraciones que llegaron desde la capitanía general de Melilla revelaban la creciente tensión entre el ejército y los hombres de Estado. El general Marina afirmó al corresponsal de un periódico, *que las bofetadas que recibimos en Melilla no se sienten en Madrid*¹⁷.

Los militares responsabilizaban unas veces al gobierno y otras a los movimientos obreros, disimulando de esta forma sus propios errores. Los acontecimientos bélicos de 1909 revelaron la realidad de un ejército con serios problemas de organización y formación. Era imposible ocupar un territorio sin tener el mínimo conocimiento sobre su cultura, su historia y su geografía. Ante la falta de planes y mapas topográficos, las tropas optaban por la improvisación; lo que hizo que la mayoría de las operaciones carecieran de estrategia (Madariaga, 2011: 91-118).

La guerra no era bien recibida por todos los miembros del ejército. Mientras los jefes y oficiales defendían la ocupación militar del norte de Marruecos, los soldados reclutas lamentaban su estancia en un territorio desconocido. Muchos de ellos preferían seguir a dieta para alcanzar los 50 kilos o utilizar una especie de cebolla que provocaba tracoma para librarse de la guerra (Bachoud, 1989: 95-96). El 23 de julio, los reservistas enviados a Marruecos provocaron en el puerto de Málaga una rebelión que fue sofocada por sus oficiales (Bachoud, 1988: 156) La imagen del *Juan soldado* que pretendía generalizar los altos cargos del ejército no tenía nada que ver con la dura realidad de los reservistas. Los testimonios que transmiten

¹³ “Tormenta de Verano, lo que ocurre y lo que ocurrirá”, *La Correspondencia Militar*, 31-7-1909, p. 1.

¹⁴ “España en Marruecos, a Vida o a Muerte”, *La Correspondencia Militar*, 13-7-1909, p. 1.

¹⁵ “Después de la Sedición: Contra la patria y contra el orden social”, *La Correspondencia Militar*, 6-8-1909, p. 1.

¹⁶ *Ibidem*.

¹⁷ “Ante la Realidad: Puñado de verdades”, *La Correspondencia Militar*, 19-7-1909, p. 1.

algunos diarios reflejan la imagen de un soldado débil con una moral aniquilada. Quizás las confesiones de Justo Larios de Medrano serían suficientes para acercarse a esta realidad:

Todos los días, cuando el malestar físico me echaba de la cama, veía pasar los camiones de Administración militar abarrotados de enfermos (...) Los rostros color de tierra, los labios descoloridos, los ojos de fiebre, los cuerpos ateridos debajo de las mantas en días que alumbraba un sol de julio, me hacían pensar con enorme desconsuelo en aquella lucha sin fogonazos ni estampidos de cañonazos, que todos los días abría nuevos colores en las líneas de luchadores españoles.

Nuestro soldado abandonado como ninguno y como ninguno descuidado, no se preocupaba de su dolencia, y solo pasados algunos días, cuando la infección había destrozado su organismo y la fiebre apenas se le permitía moverse. Las fiebres son mil veces peores que el enemigo que tenemos que combatir (Larios de Medrano, 1925: 107-114).

Habría que esperar hasta noviembre de 1909 para que los cabileños anunciaran el final de la guerra y el ejército se apoderara de *Quebdana* y *Guelaya* con sus once cabilas y una extensión territorial de 1.800 kilómetros cuadrados. Pues bien, si la ocupación de estos territorios generó tanta euforia y orgullo entre algunos militares, otros no pudieron olvidar las desastrosas consecuencias de la guerra. El propio General Marina se mostró hondamente afectado por los hechos bélicos y tomó la irrevocable decisión de dimitir. Los 4.131 muertos y heridos, 4.000 de enfermos y 100 millones de pesetas hicieron reflexionar a muchos militares sobre el porqué de su fracaso (Ruiz Albéniz, 1994: 153)¹⁸.

3. LA IGLESIA

La actitud que adopta la Iglesia española ante la cuestión de Marruecos es ambigua y paradójica. El porqué de estas paradojas responde a dos principales motivaciones: la primera es totalmente metodológica, puesto que las fuentes y bibliografías eclesiásticas de la época no difundían una opinión clara sobre el tema marroquí, por lo que complica la tarea de investigar en este terreno. La segunda motivación es histórica y tiene que ver con la tensa situación en la que se encontraba la Iglesia española a principios del siglo xx. La sobrecarga de tensiones que predominaba en el entorno eclesiástico marcará también sus opiniones sobre la cuestión marroquí. Y es que las actitudes de la Iglesia española dependían de su relación con los diferentes organismos del país y viceversa.

Ni la opinión pública y ni los partidos del gobierno estaban de acuerdo sobre el papel de la Iglesia en el asunto de Marruecos. Cuando unos se oponían a la interferencia de la religión en cuestiones de carácter internacional, otros la implicaban en el mantenimiento de sus planes colonialistas. Se trataba de dos grupos heterogéneos con ideas distintas y planteamientos opuestos. Unos negaban que el catolicismo tuviera un nuevo papel político y otros utilizaban a este papel para sacar partido de los intereses que se disputaban en el Imperio magrebí.

El efecto producido por estas diferentes posiciones fue aprovechado por los distintos gobiernos. Sus miembros sabían que la intervención en Marruecos podría provocar un descontento social. Para que esto no ocurriera, era necesario crear una conciencia nostálgica que

¹⁸ No existe ningún estudio que fije con exactitud el número de los muertos y heridos en la campaña de 1909. Los documentos oficiales no desvelan esta incógnita y los libros de historia barajan cifras que se oscilan entre 1.800 y 2.000. En este estudio he citado las cifras elaboradas por Víctor Ruiz Albéniz. Su labor como médico durante la campaña le permitió conseguir datos y hacer aproximaciones sobre el número de enfermos, heridos y muertos.

añorara los tiempos del *Imperio Católico español*. Desde esta forma se podría generar una opinión pública favorable a la nueva expansión de España. En toda esta demagogia, el papel de la Iglesia era indispensable debido a dos razones. La primera consistía en su bendición, que legitimaba la política colonial del gobierno. La segunda razón es totalmente semiológica; su discurso mitad religioso y mitad patriótico fue una táctica eficaz para estimular la euforia nacional y el desprecio al pueblo –*musulmán*– marroquí. La prensa católica cuando trataba el tema de Marruecos empleaba un tono racista y agresivo hacia el *fanatismo y la barbarie rifeña*¹⁹. Esta visión marcada por la superioridad y la indiferencia ante otras culturas tuvo un efecto negativo. De pronto, la sociedad se vio influida por las opiniones de un catolicismo que aún conservaba los rencores del pasado. La Iglesia acabó manipulando su labor de proponer a la obra –*civilizadora*– colonialista de España para convertirla en un brote de xenofobia popular en contra de los marroquíes.

En cuanto a Marruecos, aunque su religión y cultura chocaban con este plan, los países interesados en colonizarlo habían consagrado una estrategia muy apropiada. Las potencias extranjeras presionaron al Sultán para conceder decretos que autorizaban la permanencia de los misioneros en las diferentes ciudades del Imperio. Desde finales del siglo XIX, Francia intentó instalar allí a las Hermanas de la Caridad y a los Padres Blancos. Durante la misma época, un religioso francés llamado Lavigerie se dirigió al Vaticano para solicitar el acceso de nuevas misiones francesas a Marruecos. Años más tarde, el mismo general Lyautey reconoció la importante obra de los Padres Blancos, a quien consideró necesarios para la permanencia de Francia en el Magreb (Bachoud, 1988: 300-301).

En lo que se refiere a España, sus misioneros Franciscanos eran considerados como los más privilegiados de todas las misiones cristianas. El privilegio de estos frailes respondía a su exclusividad histórica que se remontaba al siglo XVII. Fue entonces cuando el propio Majzén consintió oficialmente a los Padres Franciscanos Juan de Prado y Matías de San Francisco permanecer en su Imperio. Desde 1705, la orden Franciscana había utilizado un libro titulado *El Libro en que se apuntan los Misioneros que entran y salen por Los Puertos de África*²⁰.

En 1909, la campaña bélica de Melilla tuvo también una interpretación propia por parte de la misión franciscana. Los frailes de la mencionada Orden consagraron sus plumas a condenar el clamor popular que vivió Barcelona durante estas fechas. *El Eco Franciscano* se mostró tajantemente opuesto a las manifestaciones incitadas por la izquierda no dinástica; *principal enemiga del españolismo y del catolicismo* (*El Eco Franciscano*, 15-10-1909). La misma revista hizo un llamamiento a todos los españoles para condenar las huelgas y apoyar la *Grandeza de España*. En uno de sus artículos comentaba:

*¡Católicos; hijos de María Inmaculada; limpiemos de nuestra frente el polvo del silencio! ¡Engrandecemos nuestros espíritus con la contemplación de nuestra ultrajada dignidad! enarbolemos la bandera de las reivindicaciones (...) que sucumban las rebeldías insanas; que consigo arrastren a los falsarios, a los zánganos y a los parásitos e impuros: que haya garantía para los católicos; que se arranque de raíz todo lo seco, lo inútil, lo podrido, matemos, en fin, de una vez y para siempre, todo aquello que nos mata, si no queremos parecer sin honra*²¹.

¹⁹ Sobre esta cuestión *El Eco Franciscano* afirmaba que *Si no queremos ser o esclavos o renegados, urge levantar en todas partes una cruzada patriótica como la que hizo reparar el Estrecho después de ocho siglos de continua lucha, a los enemigos de nuestra Religión y de nuestra raza*. “En Pie de Guerra”, *El Eco Franciscano*, año XXVI, 1 de enero de 1909, n.º 368, p. 7.

²⁰ *Memoria sobre la Misión Franciscana de Marruecos*, Tánger, Tipografía hispano-árabe de la Misión Católica, 1924, p. 48.

²¹ “Matar o morir”, *El Eco Franciscano*, año XXVI, 15 de octubre de 1909, n.º 387, p. sin numerar.

La finalidad de este discurso consistía en calmar a la opinión pública y evitar a que apoyara los movimientos sociales que incitaban a la huelga. Se trataba de legitimar los errores del gobierno y del ejército recién acometidos en la guerra del Rif. Por eso, *El Eco Franciscano* cuando alude a los sucesos bélicos de Melilla procuraba mostrarse favorable a la política oficial. En uno de sus artículos hacía la siguiente reflexión:

*La guerra de Melilla debe ser la puerta por donde ha de entrar la verdadera regeneración de Marruecos, regeneración confiada por la Providencia divina a España, que supo civilizar a tantos pueblos salvajes, enarbolando en medio de ellos el estandarte de la verdad, de la justicia y de la caridad, fuentes de la verdadera grandeza, de la paz y de la gloria de los pueblos. Esta civilización regeneradora debe ser el blanco de la campaña de Melilla*²².

A partir de 1911, los Franciscanos anunciarán claramente la finalidad de sus misiones religiosas. A través de sus órganos periodísticos publicarán artículos dedicados a sanear la ultrajada historia colonial de España. *El Eco Franciscano* se atrevió a declarar que España ha conquistado muchos pueblos no para explotarlos, sino para enriquecerlos con tesoros de la verdad del Evangelio. Porque España sacó a muchos pueblos del sepulcro del paganismo a la vida de Cristo y esta misma ocasión se presenta ahora en Marruecos²³. Los textos que citamos a continuación reflejan una visión menos eclesiástica y bastante pragmática sobre la colonización española en Marruecos:

*Para conservar nuestra independencia nacional necesitamos de la influencia sobre las costas africanas, para nuestra vida comercial, necesitamos abrir nuevos mercados en aquel país virgen y encauzar hacia él nuestros emigrantes, que alejados de la patria mueren en la miseria...Miremos a la Patria que exige que la Religión, la ciencia, el arte y el ejército se unan entorno suyo para salvarla para ensanchar sus fronteras con la cruz del Misionero y la espalda del soldado*²⁴.

*Marruecos por razón de su proximidad, está en circunstancias inmejorables para recibir a los emigrantes españoles, y por razón de fertilidad y riqueza, en condiciones de sustentar con sus abundantes y copiosos frutos a todos que en ella busquen albergue*²⁵.

La Orden Franciscana procuraba emplear en su prensa pretextos religiosos de carácter humanitario para justificar sus fines colonialistas. Sin embargo, la incontinencia de sus sentimientos patrióticos y de sus ambiciones expansionistas la descascaraban de este camuflaje religioso.

4. LA CONCIENCIA POPULAR ESPAÑOLA ANTE LAS GUERRAS COLONIALES

El interés que podría marcar este estudio es el siguiente: ¿Afectaron las guerras coloniales de Marruecos al español de a pie? ¿Hubo reacciones populares frente a los fracasos bélicos de Marruecos? Responder a estas preguntas no sería nada fácil. El estudio de la reacción popular frente a un acontecimiento histórico o a un fenómeno social es una tarea más complicada

²² “La civilización en Marruecos”, *El Eco Franciscano*, año XXVI, 15 de julio de 1909, n.º 384, p. 603.

²³ “La Guerra de Marruecos y su civilización”, *El Eco Franciscano*, año XXVII, 1 de agosto de 1911, n.º 430, p. 474.

²⁴ *Ibidem*.

²⁵ “Marruecos y la emigración española”, *El Eco Franciscano*, año XXVII, 1 de septiembre de 1911, n.º 432, pp. 548-549.

de lo que podría parecer. Para ello, además de consultar las obras históricas, se requiere la adopción de métodos etnológicos y antropológicos que puedan complementar el estudio. Por lo tanto, cualquier iniciativa encaminada hacia este fin resultaría incompleta.

A decir verdad, poco se había escrito sobre la reacción del pueblo español ante las guerras coloniales del norte Marruecos. Esta carencia de estudios sobre un interesante tema como este responde, en primer lugar, a lo incomodo que podría resultarse realizar un estudio de estas características. La falta de fuentes primarias, la poca importancia dedicada por la prensa de la época y los juicios de valor que solían marcar la historia extraoficial terminan reduciendo las ambiciones del investigador. Pese a todo, la posibilidad queda abierta. Las canciones que se recitaban, las fiestas populares que se convertían espontáneamente en manifestaciones y las escasas noticias que se publicaban en las pequeñas columnas periodísticas, podrían servir de referencia para estudiar el imaginario social y la conciencia colectiva del pueblo español de cara a este acontecimiento.

Sería preciso afirmar que hasta 1909, la reacción popular ante la cuestión de Marruecos era casi nula. Durante los primeros ocho años del siglo xx, el *statu quo* marroquí solo acaparaba el interés de los políticos y de un limitado sector de la vida pública (Madariaga, 2005: 30-79). El pueblo se sentía ajeno a la competencia que disputaba España sobre futura empresa colonial en el Imperio vecino. Esto no quiere decir que el español de la calle carecería de espíritu patriótico. La ausencia de actitud popular en torno a esta cuestión respondía a varios motivos: el problema del analfabetismo seguía extendido en una sociedad en la que saber leer era un privilegio (Tuñón de Larra, 1985: 6). Es cierto que la prensa de la época ejercía una importante labor informativa, pero sus lectores eran muy pocos. Solo una limitada elite seguía la evolución del proceso diplomático relativo a Marruecos.

En 1906, tras la celebración de la Conferencia de Algeciras, saltaron a la calle los primeros rumores sobre una posible aventura colonial española en tierras africanas (Villanova, 2004: 42-46). La noticia generó entusiasmo entre unos y despreocupación entre otros. Habría que esperar tres años más para contemplar la verdadera reacción del pueblo ante la presencia de España en Marruecos. Fue entonces cuando toda la sociedad con sus diferentes sectores se sintió afectada por lo que ocurría allende el Estrecho.

En junio de 1909 el ejército español inició una campaña bélica en los alrededores de Melilla. Dos años más tarde se reanudaron los enfrentamientos entre rifeños y las tropas españolas. Las condiciones en que se desarrollaron ambos conflictos desorientaron a la conciencia popular española que acabó adoptando actitudes paradójicas. La sociedad se dividió en dos colectivos: los partidarios de la ocupación de Marruecos y los opuestos a ella. Una parte del imaginario español volvió a excavar en el pasado para sacar impresiones llenas de nostalgia y exaltación. De nuevo fueron recordados *los testamentos de Isabel la Católica, las epopeyas de África 1860 y las heroicas luchas de Martínez Campos en Guelaya*. La euforia nacional fortalecía al espíritu patriótico que empezó a soñar con *la conquista de África y la grandeza de España*. El ejército fue percibido como símbolo de las victorias y defensor del *honor nacional*.

Desde muchos puntos del país las tropas enviadas a Melilla fueron laureadas por este eufórico público y despedidas con sus Vivas²⁶. Políticos, diplomáticos, empresarios, aristócratas, sacerdotes y estudiantes formaron en conjunto un colectivo incitado por la ambición de

²⁶ En un telegrama que envía el Capitán General de Valladolid al ministro de Estado, le informaba que las tropas enviadas a Melilla había sido *despedida en la estación por comisiones militares y numeroso público con gran entusiasmo dando Vivas a España al Ejército, al Rey y a la disciplina militar*. "Del Capitán general de Valladolid al ministro de Estado", Valladolid, 29 de septiembre de 1911. AGMM, Sección África, Unidad R 75.

devolver a España su tradición colonialista. Los ánimos llegaban desde todo el territorio nacional y también desde el extranjero. Muchos españoles no dudaron en aprovechar la ocasión para transmitir a S.M. el Rey Alfonso XIII felicitaciones por las victorias del ejército español en el Rif. Entre agosto y octubre de 1909, el Palacio Real de Madrid recibía telegramas de la colonia española en La Habana, en San Salvador, de las embajadas de España en Lisboa, París, Londres, Tánger, Washington, Tokio, de la diputación de Navarra, del gobierno civil de San Sebastián, de la Alcaldía de Granada, de la Juventud Monárquica de Barcelona, de la Comisión Cruz Roja (Martínez, 2016: 875-878), de la Sociedad Cremallera Montserrat de Barcelona, del Real Sporting Club de Bilbao, del Colegio de los Jesuitas de Gijón, del Cardenal Arzobispo de Santiago, del Duque de Arion, del Conde Sallent, del Conde Casa Valencia en Ginebra, del Conde de Parcent, del Conde Eibar, del Marqués de Estella, de la Duquesa de Bailen y del Marqués de Casteldorriós en Comillas. Todos expresaron su apoyo a la intervención militar de España en Marruecos²⁷.

Los testimonios del entusiasmo nacional demuestran que estamos ante una sociedad que comparte afinidades patrióticas a pesar de sus diferencias de clase y oficio. El ejército español acampado en las montañas del Rif fue capaz de estimular las emociones del pueblo que no dudó en manifestar su plena solidaridad hacia esta cuestión colonial. Entre 1909 y 1922, la Asamblea Central de Señoras de la Cruz Roja Española, presidida por S.M. la Reina Victoria se encargó de arbitrar recursos a las familias de muertos, heridos y enfermos en las campañas de Marruecos²⁸. Gracias a las donaciones enviadas desde diferentes sectores de la sociedad, se recaudaron importantes sumas de dinero. Miembros de la Realeza, ministros, duques, condes, marqueses, empresarios, instituciones públicas, sociedades industriales y mercantiles, instituciones monetarias, instituciones académicas, centros educativos, periodistas y colonias españolas en el extranjero colaboraron generosamente con la que coordinaba el mencionado proyecto. Los familiares de dieciocho batallones de Cazadores, doce regimientos de Infantería, nueve de Caballería y ocho de Artillería recibieron importantes sueldos mensuales²⁹.

Estas muestras de colaboración y solidaridad, no pudieron aliviar el penoso estado de todos los familiares de los soldados. Buena parte de ellos formarán una masa de manifestantes contra las guerras de Marruecos y sus consecuencias. En el verano de 1909, las noticias sobre las bajas sufridas en los combates en el Rif caldeaban el ambiente y las calles se convertían en auténticas llamas. Barcelona vivió una de las más trágicas páginas de su historia. Las protestas contra la guerra de Marruecos acabaron convirtiéndose en disturbios y atentados contra los bienes públicos (Izquierdo Ballester, 2011: 259-268). El 13 de julio, la población de dicha ciudad acudió a la estación para despedirse de los soldados enviados al Rif. La despedida se

²⁷ El primer telegrama consultado es enviado por el embajador de España en San Salvador a S.M. el Rey de España el 21 de agosto de 1909. En cuanto al último es enviado al rey por la Sociedad Cremallera Montserrat de Barcelona el 2 de octubre del mismo. Archivo General de Palacio, en adelante AGP.

²⁸ Las pensiones repartidas entre familiares de muertos, heridos y enfermos en la guerra fueron gestionados de esta forma: *Primera: Se abonará a las familias de los soldados y clases muertos, sea en el campo de la acción, sea como resultado de heridas o enfermedades contraídas en la campaña, una suma de pesetas, DOSCIENTAS CINCUENTA a título de primer auxilio. Si el fallecido fuere soltero, el socorro se entregara al padre o madre, o en efecto de estos, a los hermanos a quienes tuviere de amparo y sirviera de sostén. Si fuese casado, el socorro se satisfará a la viuda aumentando en SETENTA Y CINCO pesetas, y si tuviera hijos en CUARENTA pesetas por cada uno de estos [...] Los socorros a los heridos se abonarán a ellos mismos, y serán de pesetas Decientas a los que hayan perdido algún miembro o quedado inútiles para el trabajo... Pesetas Cien a los que sin sufrir las consecuencias arriba dichas, hayan padecido, sin embargo, heridas consideradas por los médicos como graves. Pesetas Cuarenta a los demás.* "Suscripción iniciada por S.M. la Reina Doña Victoria en favor de las familias de los reservistas y de los soldados heridos y muertos en la guerra de Rif", 1909. AGP, Fondo Alfonso XIII, C.º 12956/22.

²⁹ "Listas de recaudación, familiares soldados muertos en África", 1912-1913. AGP, Fondo Alfonso XIII, caja 15-510/4.

convirtió en una batalla campal cuando algunos ciudadanos saltaron a los andenes del tren, intentando impedir la marcha de las tropas. Sobre esta cuestión, Salvador Canals cita al pie de la letra los testimonios que el periódico radical *El Progreso* difunde en sus columnas y en los que comenta:

Cada estación de embarque se convierte en un motín y las vías férreas se ven alfombradas por cuerpos humanos, dispuestos a detener por tal medio lo que la plutocracia y el Gobierno han desencadenado.

Cunde por todas partes el descontento. En los hogares se maldice. En las calles se alzan los puños. En toda la nación se ha levantado indignado el espíritu nacional (...) Muertos y heridos cuyos nombres producirán en hogares españoles la consternación y el espanto desolador (Canals, 1909: 145).

Las agitaciones permanecerán en Barcelona hasta el 2 de agosto del mismo; fecha en la que las autoridades locales anunciarán el final de los disturbios y la detención de numerosos manifestantes. La alarmante situación causada por la aventura colonial de Marruecos acabó extendiéndose por diferentes puntos del país. Mientras las autoridades de Lérida, Orense y Valencia prohibían la manifestación, en otras ciudades la gente desafiaba cualquier tipo de represiones. En Alicante salieron 3.000 manifestantes a la calle para frenar el envío de los soldados, interceptando un vehículo postal y atacando la estación del tren. Hechos parecidos se producían en Alcoy donde los habitantes se dirigieron a cortar todos los cables telefónicos. La indignación era enorme y sus efectos repercutieron en 19 provincias españolas (Bachoud, 1988: 168). Hasta la capital de España se vio salpicada por aquella tensión popular. Salvador Canals describió así las alteraciones del pueblo madrileño:

En la estación del Mediodía, de Madrid, se llegó una noche a desenganchar algunos coches de un tren militar y a obstruirle la vía con gruesas piedras, y los agitadores callejeros como los periódicos, mientras hacían esas cosas, gritaban ¡Viva el ejército! (Canals, 1909: 136).

El clamor popular de 1909 se repetirá dos años más tarde con la campaña del Kert. Los sucesos de la guerra se juntaron con otros problemas de aspecto social para incitar el descontento de la población española. Numerosas provincias se vieron de nuevo afectadas por las noticias que llegaban desde Marruecos. La prensa de la época hablaba de 80.000 manifestantes en Madrid, 20.000 en Oviedo, 16.000 en Bilbao, 12.000 en Valladolid, 8.000 en Alicante y 3.000 en Almería (Bachoud, 1988: 175-177).

El mismo sentimiento de lástima y consternación se resucita tras el desastre de Anual en 1921. La documentación conservada en el Archivo del Palacio de Oriente de Madrid refleja ese estado de compasión popular. Se trata de cuarenta y cinco cartas enviadas por los padres y familiares de ciudadanos reclutados forzosamente para enviarlos al frente. Todos estos familiares solicitan a S.M. el Rey información sobre el estado de sus hijos o parientes. A Esas cartas se les contestaba con lo siguiente: *Desaparecido, Continúa prisionero en los cárceles de Abd-el-Krim, Continúa prisionero en Beni Urriaguel haciéndose gestiones para rescatarle, Desaparecido haciéndose gestiones para averiguar su paradero, etc.*

En definitiva, las múltiples reacciones en contra de la guerra constatan el desacuerdo de una importante masa popular con los planes del gobierno. Es cierto que la mayoría de las manifestaciones se sometieron a la manipulación de la izquierda antidinástica que aprovechó la ocasión para propagar su oposición al régimen. No obstante, el carácter accidental de varias huelgas hace suponer que a la mayoría de los manifestantes no les faltaban estimulantes ideológicos para expresar su dolor.

5. CONCLUSIONES

A pesar de la demanda de responsabilidades a las instituciones implicadas en los desastres bélicos de Marruecos que el bloque de izquierda formuló para suscitar la caída de Antonio Maura, el *Expediente Picasso* y el pronunciamiento de 1923, la catastrófica actuación de dichas instituciones no impediría en ningún momento el mantenimiento de su apoyo moral, material e espiritual a la ejecución de sus campañas coloniales en Marruecos. Sin embargo, el interés de la ciudadanía española por el tema marroquí no se manifestaría hasta entrada la fecha de 1909. Fue entonces, cuando se creó una conciencia popular de doble y opuestas visiones.

Cuando para una parte de la población la intervención en el país vecino fue interpretada como acto de Gloria y medio para recuperar el *honor español ultrajado en América*, para otros, fue considerado como crónicas de un fracaso y desgaste anunciados. Esta dicotomía, se dejaba notar en la conducta de la ciudadanía. Mientras algunos enviaban cartas de felicitación al Monarca para felicitarle por la intervención en Marruecos, otros lloraban y lamentaban el reclutamiento y la incorporación de sus familiares a las filas de un ejército humillado en las montañas el Rif. Las obras, eventos sociales, donaciones y contribuciones de instituciones privadas a favor de la *acción colonialista*, las manifestaciones en contra de la política intervencionista gubernamental, las aglomeraciones improvisadas en las estaciones del tren, donde se vitoreaba al soldado que viajaba a Marruecos y se lloraba también su despedida. Todo ello motiva nuestro interés académico para averiguar la peculiaridad de la reacción popular española en torno a la intervención militar en Marruecos.

En definitiva, hacer un balance de la reacción social ante las campañas de ocupación que España llevaba a cabo en Marruecos, dependía en gran medida del material que las fuentes historiográficas, el imaginario social y la memoria colectiva puede aportar revelando verdades históricas poco conocidas sobre las conductas institucionales representadas por el Ejército y la Iglesia y extrainstitucionales como era el caso de los ciudadanos de a pie.

FUENTES

ARCHIVO GENERAL MILITAR DE MADRID (AGMM)

- (1909): *Plan de movilización de fuerzas que se somete a la aprobación del ministro de Guerra*, Sección África, Unidad R 73, Madrid, 24 de julio.
- (1909): *Del Ministro de Guerra al Jefe del Ejército de Operaciones*, Sección África, Unidad R73, Madrid, 25 de septiembre.
- (1911): *Del ministro de Guerra al capitán general de Melilla: propuesta de recompensa*, Sección África, Unidad R 75, Madrid, 13 de septiembre.
- (1911): *Del Capitán general de Valladolid al ministro de Estado*, Sección África, Unidad R 75, Valladolid, 29 de septiembre.

ARCHIVO GENERAL DE PALACIO (AGP)

- (1909): *Telegramas enviados a S.M. el Rey de España*, Fondo Alfonso XIII, C.^a 12954/7, del 21 de agosto al 2 de octubre.
- (1909): *Suscripción iniciada por S.M. la Reina Doña Victoria en favor de las familias de los reservistas y de los soldados heridos y muertos en la guerra de Rif*, Fondo Alfonso XIII, C.^a 12956/22.
- (1912-13): *Listas de recaudación, familiares soldados muertos en África*, AGP, Fondo Alfonso XIII, caja 15-510/4.

PRENSA**LA CORRESPONDENCIA MILITAR**

- (1907): “Ante el bombardeo de Casablanca; ¿Prudencia o decadencia?”, 7 de agosto, p. 1.
 (1909): “La Cuestión de Marruecos: ¿Debemos ir al Norte de África?”, 22 de junio, p. 1.
 (1909): “España en Marruecos, O Vida o Muerte”, 13 de julio, p. 1.
 (1909): “Ante la Realidad: Puñado de verdades”, 19 de julio, p. 1.
 (1909): “Tormenta de Verano, Lo que ocurre y lo que ocurrirá”, 31 de julio, p. 1.
 (1909): “Después de la Sedición: Contra la Patria y Contra el orden Social”, 6 de agosto, p. 1.
 (1909): “Desde el teatro de Operaciones: Pinceladas Militares”, 20 de agosto, p. 1.
 (1911): “Colonias Militares”, 14 de junio, p. 1.
 (1911): “Así se Muere”, 14 de octubre, p. 1.
 (1912): “Ley del Voluntariado en África”, 7 de febrero, p. 1.

EL ECO FRANCISCANO

- (1909): “En Pie de Guerra” año XXVI, n.º 368, p. 7.
 (1909): “Matar o morir”, año XXVI, n.º 387, p. sin numerar.
 (1909): “La Civilización en Marruecos”, año XXVI, n.º 384, p. 603.
 (1911): “La Guerra de Marruecos y su civilización”, año XXVII, n.º 430, p. 474.
 (1911): “Marruecos y la emigración española”, año XXVIII, n.º 432, pp. 548-549.

BIBLIOGRAFÍA

AKMIR, Y.

- (2009): *De Algeciras a Tetuán. Orígenes del proyecto colonialista español en Marruecos (1875-1906)*, Rabat, Instituto de Estudios Hispano-Lusos.

AZCÁRATE, P.

- (1968): *La Guerra del 98*, Madrid, Alianza.

BACHOUD, A.

- (1988): *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Madrid, Espasa-Calpe.
 (1989): “El ejército en la Restauración”, en *El poder militar en la España contemporánea*, Cursos de Verano de El Escorial 1988, Madrid, Universidad Complutense de Madrid.

BALFOUR, S.

- (2002): *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Barcelona, Ediciones Península.

BERENGUER, G.

- (1918): *La Guerra en Marruecos*, Madrid, Librería Fernando Fe.

CANALS, S.

- (1909): *Los sucesos de España en 1909*, Madrid, Imprenta Alemana, tomo I.

DE LA TORRE, R.

- (2007): “De ultramar a la frontera meridional. Iniciativas en busca de una garantía internacional para España 1898-1907”, en G. Gómez Ferrer y R. Sánchez (eds.), *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 153-197.

ESPADAS BURGOS, M.

(1997): “El Ejército y la Marina antes del 98”, en Juan Pablo Fusi y Antonio Niño (eds.), *Visperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 85-99.

FRANCO BAHAMONDE, F.

(1976): *Diario de una Bandera*, Madrid, Doncel.

GONZÁLEZ, M. J.

(1997): *El universo conservador de Antonio Maura, biografía y proyecto de Estado*, Madrid, Biblioteca Nueva.

LARIOS DE MEDRANO, J.

(1925): *España en Marruecos, historia secreta de la campaña*, Madrid, Imprenta Stampa.

MADARIAGA, M. R.

(2005): *En el Barranco del Lobo, las guerras de Marruecos*, Madrid, Alianza Editorial.

(2011): “La guerra de Melilla o del Barranco del Lobo”, en E. Martín Corrales (ed.), *Semana Trágica entre las barricadas de Barcelona y el Barranco del Lobo*, Barcelona, Alborán-Bellaterra, pp. 91-118.

MARTÍN CORRALES, E.

(2011): “Movilizaciones en España en contra la guerra de Marruecos (junio-agosto 1909)”, en E. Martín Corrales (ed.), *Semana Trágica entre las barricadas de Barcelona y el Barranco del Lobo*, Barcelona, Alborán-Bellaterra, pp. 121-170.

MARTÍNEZ, F. J.

(2016): “Estado de la necesidad: la Cruz Roja Española en Marruecos, 1886-1927”, *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, Rio de Janeiro, vol. 23, n.º 3, julio-septiembre, pp. 867-886.

MAS CHAO, A.

(1988): *La formación de la conciencia africanista en el ejército español 1909-1926*, Madrid, A. Mas.

(1924): *Memoria sobre la misión franciscana de Marruecos*, Tánger, Tipografía hispano-árabe de la Misión Católica.

MOLA, E.

(1934): *El pasado, Azaña y el porvenir. Las tragedias de nuestras instituciones militares*, Madrid, Librería Bergua.

PABÓN, J.

(1952): *Cambó 1876-1918*, Barcelona, Alpha, tomo II.

PAYNE, S.

(1977): *Ejército y sociedad en la España Liberal (1808-1936)*, Madrid, Akal.

ROMANONES, C.

(1920): *El Ejército y la política. Apuntes sobre la organización militar y el presupuesto de guerra*, Madrid, Renacimiento.

RUIZ ALBÉNIZ, V.

(1994): *España en el Rif (1908-1921)*, Melilla, Biblioteca de Melilla (1.ª ed. 1925).

SANTILLÁN, A.

(1974): *De Alfonso XIII a Franco*, Buenos Aires, Reprografía Editorial Argentina.

SECO SERRANO, C.

(1969a): *Alfonso XIII y la crisis de la Restauración*, Barcelona, Ariel.

(1969b): *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*, Barcelona, Ariel.

SIRVENT, P. G.

(2011): “Anarquistas y sindicalistas ante la Semana Trágica: La constitución de la CNT, 1906-1911”, en E. Martín Corrales (ed.), *Semana Trágica entre las barricadas de Barcelona y el Barranco del Lobo*, Barcelona, Alborán-Bellaterra, pp. 233-256.

TUÑÓN DE LARA, M.

(1985): “Los últimos días de un Imperio”, *Cuadernos de Historia* 16, 30, pp. 6-16.

VILLANOVA, J. L.

(2004): *El Protectorado de España en Marruecos. Organización política y territorial*, Barcelona, Alborán-Bellaterra.